

Ricardo Caballero: nacionalismo y telurismo del Litoral

Santiago J. Sánchez*

Resumen

Ricardo Caballero (1876-1963) fue un político argentino que representó una rama regional del nacionalismo. Al igual que otros autores contemporáneos como Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas, criticó el proyecto liberal de la Generación de 1880, defendiendo la población argentina original (los «criollos») de la campaña y rechazando la inmigración europea, percibida como una amenaza.

Palabras clave: Caballero - nacionalismo argentino - criollos

Abstract

Ricardo Caballero (1876-1963) was an Argentine politician who represented a regional branch of nationalism. As other contemporary authors such as Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones and Ricardo Rojas, he criticized the liberal project of the 1880s Generation. He defended the original Argentine population ('criollos') of the countryside and rejected European immigration, which he perceived as a threaten.

Key words: Caballero - Argentine nationalism - criollos

Recepción del original: 09/04/2009
Aceptación del original: 16/07/2009

* Universidad Nacional de Rosario (UNR) - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). E-mail: santiagosancheznob@hotmail.com

Una figura controvertida

En el presente trabajo abordaremos algunos aspectos de la obra del médico y político radical Ricardo Caballero, quien encarnó, en la ciudad de Rosario y en el Litoral argentino, una variante regional del llamado nacionalismo telurista cuyos exponentes más conocidos en el país fueron Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas. Como ellos, Caballero puso en tela de juicio los principios liberales de la Generación del '80, rescatando el pasado criollo y objetando la inmigración europea masiva, percibida como una auténtica amenaza. Sin embargo, más allá de estas coincidencias fundamentales, el pensamiento de Caballero presenta un cuerpo de conceptos y de interpretaciones muy particulares. La idealización de la austera vida rural del siglo XIX, la defensa del paisaje, la flora y la fauna autóctonas frente al avance de la agricultura extensiva, la visión del radicalismo como continuador de la tradición federal y democrática derrotada por el proyecto liberal y porteño de Bartolomé Mitre, distinguen a este nacionalismo esencialista y criollista de otras propuestas ideológicas similares.

Ricardo Caballero nació en 1876 en la localidad de Ballesteros, ubicada en el sur pampeano de la provincia de Córdoba, y murió en Rosario en 1963. Criado en el seno de una familia de estancieros de linaje criollo, cursó sus estudios secundarios en la Escuela Normal de Paraná y los universitarios en Córdoba, en donde se graduó de médico. En esta ciudad conoció a Leopoldo Lugones y tuvo contacto con grupos anarquistas. En 1902 se radicó en Rosario y en 1905 participó de la revolución radical sofocada. Continuó militando en la Unión Cívica Radical, y en 1912 fue electo vicegobernador de Santa Fe, acompañando en la fórmula a Manuel Menchaca. Más tarde, fue diputado y senador nacional, y en 1928 ocupó la jefatura política de Rosario.

Sus últimos años, ya alejado de la política, se abocó a la medicina y a la actividad académica, fundando el «Centro Argentínista Juan Manuel de Rosas de Estudios Históricos», entidad que llegó a contar con más de treinta filiales en el sur de Santa Fe y de Córdoba. Allí dictó cursos y conferencias, impulsó publicaciones sobre temas de historia argentina y participó de la organización de peñas folklóricas. Fue en estos últimos años, asimismo, cuando escribió la mayor parte de sus textos, en los cuales se despliegan sus ideas nacionalistas y son evocados sucesos acaecidos en su juventud y vinculados a su carrera política.

Los trabajos dedicados a estudiar el pensamiento y la trayectoria pública de Ricardo Caballero son varios. Uno de los primeros fue el publicado en coautoría por Ricardo Falcón y María Alejandra Monserrat en 1993, «Estado provincial, partidos políticos y sectores populares. El caso de Rosario: las elecciones de 1912 y los conflictos sociales.»¹ En este texto la figura de Caballero es contextualizada en el marco de las elecciones santafesinas de 1912, las primeras realizadas bajo el auspicio de la nueva ley electoral impulsada

¹ Ricardo FALCÓN y María Alejandra MONSERRAT, «Estado provincial, partidos políticos y sectores populares. El caso de Rosario: las elecciones de 1912 y los conflictos sociales», *Cuadernos del CIESAL*, Rosario, 1993.

por el entonces presidente Roque Sáenz Peña. Ricardo Caballero, con un discurso de tinte criollista y por momentos xenófobo, logró establecer una exitosa estrategia de contraste con respecto a la Liga del Sur, la principal agrupación política competidora de la Unión Cívica Radical, a la cual identificó con los extranjeros.

En 2005, en *La Barcelona argentina*, Ricardo Falcón volvió a analizar, entre otros temas, el discurso político de Caballero, entablando sobre este tema una polémica con Matthew Karush, quien en 1999 y 2001 había publicado sendos trabajos sobre la historia santafesina del período 1912-1930.² El primero de ellos aparecería traducido en 2004 dentro del libro *Historia y política. Cuestión social, radicalismo y revisionismo en Ricardo Caballero*.³ En este volumen se incluyen una serie de artículos escritos por Oscar Videla, Eduardo Zanella, María Alejandra Monserrat, Alberto Neiro, Miguel Ángel Fernández, Sandra Alcuati y Viviana Sweeny. Seguidamente, haremos mención a aquellos que tratan sobre el criollismo de Ricardo Caballero, su concepción de la historia argentina y su participación política hasta 1916.

Eduardo Zanella⁴ considera que no existe en la Unión Cívica Radical un reconocimiento unánime a Caballero y que éste, pese a su larga y variada trayectoria política, no ha sido incorporado a la *memoria partidaria*.⁵ Por otra parte, Zanella sostiene que, más allá de Hipólito Yrigoyen, Caballero fue el vocero de los reclamos sociales de los criollos y los *gringos acriollados*.⁶ La reivindicación del bando federal derrotado en la batalla de Pavón y la de sus sobrevivientes y descendientes incorporados a la UCR, el apoyo a ésta de los sectores criollos rosarinos en 1905 y 1912, su visión revisionista del pasado nacional y su postura frente al rol del Estado y la cuestión social, son algunos de los aspectos de la obra y la trayectoria de Caballero tratados por Zanella.

Alberto Neiro⁷ destaca también la existencia de una visión revisionista en Caballero y señala que, aunque esta corriente historiográfica se consolidaría recién en la década de 1930, pueden rastrearse en los discursos políticos de Caballero en el Senado Nacional, durante los años '20, en sus campañas proselitistas anteriores y en su gestión al frente de la jefatura política rosarina en 1928, algunos de los rasgos que hoy consideraríamos como claramente revisionistas. En todos estos casos, la historia actuaría como legitimadora del discurso político. Por otra parte, Neiro menciona la «historia-noticia» analizada

² Matthew KARUSH, «Workers, Citizens and the Argentine Nation: Party Politics and the Working Class in Rosario, 1912-1913», *Journal of Latin American Studies*, 31:3, 1999 y *Workers or Citizens: Democracy and Identity in Rosario, Argentina (1912-1930)*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2001.

³ Oscar VIDELA y Eduardo ZANELLA (comp.), *Historia y política. Cuestión social, radicalismo y revisionismo en Ricardo Caballero*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2004.

⁴ Eduardo ZANELLA, «Ricardo Caballero: un difícil legado en la tradición del radicalismo», Oscar VIDELA y Eduardo ZANELLA (comp.), *Historia y política... cit.*, pp. 69-89.

⁵ *Ibid.*, p. 69.

⁶ *Ibid.*, p. 71.

⁷ Alberto NEIRO, «Historia, política e ideología. Un recorrido por los discursos de Ricardo Caballero, 1900-1930», Oscar VIDELA y Eduardo ZANELLA (comp.), *Historia y política... cit.*, pp. 109-130.

por Diana Quattrocchi,⁸ la cual tuvo su auge en la década del '20, cuando el pasado nacional tomó dominio público en los diarios y revistas, en los que fue mostrado y analizado con frecuencia. Dice Neiro: «Si la historia que los diarios y revistas reproducen es parte sustancial de la opinión pública del período, de allí podemos inferir que pudo tornarse más que necesario para los políticos de entonces (como el caso de Caballero), la utilización de la misma en el discurso político, no tan sólo como recurso de legitimación, sino como parte constitutiva de la información política circulante.»⁹

Miguel Ángel Fernández¹⁰ se propone buscar las razones que llevaron a un radical como Caballero a emplear elementos de tipo tradicional, pero advierte acerca de las dificultades de un análisis como éste, teniendo en cuenta la dispersión de los textos caballerianos y la asistematicidad con que fueron redactados. Fernández lleva adelante un recorrido biográfico-político de Ricardo Caballero, incluyendo el desafuero del senador socialista Del Valle Iberlucea, al que el por entonces legislador radical se opuso, pese a las diferencias ideológicas que lo separaban de aquél. En aquella ocasión, resalta Fernández, Caballero, pese a refutar, en su discurso, las doctrinas socialistas, se ciñó estrictamente a principios legales y constitucionales. Por otra parte, Fernández hace hincapié en la influencia del naturalismo en el pensamiento criollista de Caballero. Tal como veremos en los siguientes apartados, Caballero, en los discursos políticos de su juventud y en las evocaciones poéticas de su vejez, despliega un intenso lirismo en sus descripciones del campo pampeano, de sus paisajes desaparecidos, de su fauna y flora. Dice Fernández:

«Así el río, la llanura, los montes, los pajonales, las lagunas, las especies silvestres vegetales y animales, adquieren para Ricardo Caballero la misma significación que la familia, la propiedad o los valores encarnados en los argentinos nativos, convirtiéndose en componentes utilizados para elaborar textos con un estilo en el que pueden detectarse elementos que podríamos caracterizar como provenientes del naturalismo. Esta literatura, creada y sistematizada por el francés Émile Zola, por quien Caballero profesaba una gran admiración, contiene entre sus fundamentos, ideas que derivan del positivismo francés (de Taine en especial), de Darwin, de Schopenhauer y otros pensadores para quienes el medio físico presiona sobre los destinos de las personas, y la historia de las naciones está sometida a esos determinismos.»¹¹

⁸ Diana QUATTROCCHI, «Historia y contra historia en Argentina, 1916-1930», *Cuadernos de Historia Regional*, Luján, núm. 9, 1987, p. 35.

⁹ Oscar VIDELA y Eduardo ZANELLA (comp.), *Historia y política...* cit., p. 115.

¹⁰ Miguel Ángel FERNÁNDEZ, «El criollismo de Ricardo Caballero», Oscar VIDELA y Eduardo ZANELLA (comp.), *Historia y política...* cit., pp. 131-184.

¹¹ *Ibid.*, p. 163.

Esos determinismos, continúa Fernández, llevan al pesimismo, que es uno de los rasgos inherentes al naturalismo. A esta influencia se deben, en buena parte, el detallismo narrativo y descriptivo de la literatura de raíces criollistas, como la de Ricardo Güiraldes, Benito Lynch y el propio Ricardo Caballero. Fernández cita a Beatriz Sarlo¹² cuando ésta sostiene que el criollismo se encuentra ligado a la evocación de un pasado nostálgico, en el que habría existido una sociedad más ordenada, más justa y solidaria. Es el mito de una «edad dorada», que cuando coincide con la niñez o adolescencia es de carácter anacrónico, utópico, irreal y busca un orden y una armonía supuestamente perdidos. Más adelante, veremos todos estos rasgos reflejados en varios fragmentos de las obras y discursos de Caballero.

En el caso de Ricardo Caballero, como en el de otros intelectuales criollistas, la «edad dorada» es rural y de valores íntimamente apegados a la naturaleza.¹³ El presente es criticado y objetado severamente pero sin otra propuesta que no sea la de preservar lo que queda del pasado. Por otra parte, Fernández agrega que el ataque al liberalismo, a la oligarquía y a la inmigración emprendido por Caballero y otros autores ligados al «primer nacionalismo argentino» es realizado desde la posición de un linaje y una elite criollos amenazados en su monopolio del poder por el ascenso de nuevos actores sociales de origen inmigratorio.¹⁴

Una «utopía rural precapitalista»

Tal como señala Fernández, el abordaje de los textos y discursos de Caballero es dificultoso. Aunque los segundos han sido agrupados en un solo volumen¹⁵ fueron pronunciados en fechas y circunstancias muy diferentes. Es por ello que, con el fin que nuestra exposición tuviese una coherencia conceptual, desistimos de seguir un orden cronológico, que hubiera resultado necesariamente confuso en su sentido, y optamos por integrar los diferentes fragmentos a núcleos temáticos comunes, aun cuando la fecha de elaboración de los mismos difiriera considerablemente.

En cuanto a los libros autobiográficos -*Hipólito Yrigoyen y la revolución de 1905, Yrigoyen. Aspectos ignorados de su vida*- no puede soslayarse que fueron escritos entre cuarenta y cincuenta años después de los sucesos que recrean. La evocación de Caballero, sus afirmaciones, las palabras que pone en boca de los personajes que conoció, sus consideraciones sociológicas y económicas acerca de la suerte corrida por la población criolla, deben ser sopesados cuidadosamente y sometidos, en lo posible, a un cotejo con otras fuentes contemporáneas o con estudios de tipo demográfico o ecológico.

¹² Beatriz SARLO, *Una modernidad periférica, Buenos Aires, 1920-1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998.

¹³ Miguel Ángel FERNÁNDEZ, «El criollismo...» cit., p. 166.

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Ricardo CABALLERO, *Discursos y documentos políticos del Dr. Ricardo Caballero*, Sociedad de Publicaciones El Inca, s/f. (c. 1929), compilación de Roberto A. Ortelli.

Consideramos que, en este aspecto, la obra de Caballero posee vetas aún inagotadas para ulteriores investigaciones.

Similar reparo merecen los artículos publicados en la década de 1930 en la revista *Nativa* y reunidos en 1957 en el volumen *Páginas literarias del último caudillo*. Basados en buena parte en testimonios orales de viejos pobladores de Ballesteros, o en recuerdos familiares y personales del autor, ofrecen una mirada nostálgica de la etapa criolla y federal entremezclada con juicios condenatorios del presente. Caballero pretendía profesar aquel federalismo del siglo XIX, que consideraba heroico y noble, el de los caudillos del Interior, y creía firmemente que la UCR era la continuadora de esta tradición política. Este federalismo de Caballero se entronca con Rosas, Quiroga y López Jordán y se opone al que podemos encontrar en Alberdi y Urquiza. Sin embargo, Falcón advierte que no se encuentran en sus escritos formulaciones demasiado precisas al respecto.¹⁶ En todo caso, la evocación caballeriana es la de un mundo rural irreal, de rasgos medievales y precapitalistas. Dice Falcón:

«Más allá de una rememoración nostálgica del mundo de las estancias, hay sobre todo la voluntad de construir una *utopía rural precapitalista*, una profunda idealización de la economía y la sociedad pastoriles. Caballero añora los altos pajonales que cubrían una llanura no hollada por el ferrocarril ni por la agricultura extensiva, sino solamente por los cascos de los caballos y las pezuñas del ganado bovino. Por momentos, sus páginas alcanzan un color medievalista, tanto respecto al paisaje como a los personajes, como por ejemplo, la definición de Yrigoyen como un 'caballero cruzado'. Y éste es, probablemente, el rasgo distintivo, más neto en la participación de hecho de Caballero dentro de la literatura telurista de la Generación del Centenario, con la cual comparte menos -quizá-, contactos directos que temas en común como el espiritualismo, el nacionalismo, el catolicismo, el federalismo y un fuerte regeneracionismo moralista.»¹⁷

Además de este *color medievalista* de los textos de Caballero, es interesante señalar la imagen idealizada que en ellos encontramos de la estancia, eje de una economía pampeana de base predominantemente ganadera y con escaso desarrollo de la agricultura. Hasta bien entrado el siglo XIX, el gaucho realizaba trabajos periódicos en las estancias y transitaba libremente por la vasta llanura sin alambrados, a pesar de que ésta, en buena medida, ya tenía dueños y se hallaba repartida en pocas manos. En este ámbito, las relaciones de producción capitalistas revestían, necesariamente, algunos rasgos arcaicos, que luego serían suprimidos. Como afirma Milcíades Peña: «Feudal, o de rasgos feudales, podía ser la modalidad con que el patrón estanciero castigaba o recompensaba a sus peones. Pero la esencia económica de esa relación era capitalista, era la relación contractual entre el proletario carente de medios

¹⁶ Ricardo FALCÓN, *La Barcelona argentina*, Rosario, Laborde Editor, 2005, pp. 228-229.

¹⁷ *Ibid.*

de producción y el propietario de la estancia que alquilaba la fuerza de trabajo del peón a cambio de un salario.»¹⁸

Sin embargo, Caballero ajusta inconscientemente sus recuerdos a esta «utopía rural precapitalista» y de rasgos medievales:

«Esa economía tan simple y tan proficua [...] esta explotación de una gran propiedad rural, *sin llevar libros*, parecerá inverosímil y escandalizará pensaba yo, a la plaga de los doctores en ciencias económicas, pero no a mí, que he conocido el sistema y puedo decir lo que he vivido.

«*Sin llevar libros*, manejaba su estancia Don Pedro Araya, en el sur de Córdoba; de la que tendrán idea de su importancia los lectores, cuando sepan que constaba de cincuenta leguas de superficie, en las que pastaban cien mil vacas, diez mil ovejas, veinte mil yeguarizos y mulares, cuidados por cien peones y diez capataces [...] Para citar ahora un hombre de tiempos muy cercanos, recuerdo al gran agricultor del sur de Santa Fe, don Juan Fuentes, que tampoco llevaba libros, manejando de memoria la complicada explotación de sus inmensos predios. No se llevaban libros en las antiguas estancias, porque para todos alcanzaba la fecundidad de la tierra de la vieja patria, en cuya copa desbordante bebieron las generaciones de mi raza y los desheredados del mundo, llegados en los tiempos idílicos que acabo de recordar.»¹⁹

Caballero no aporta más datos que nos permitan comprender cómo funcionaba este sistema a los fines prácticos de llevar un control de tamaño número de animales. Tampoco especifica quién compraba el ganado así criado, a cielo abierto y en tan vastas extensiones, aunque puede colegirse que tenía, necesariamente, algún destinatario, puesto que las estancias se hallaban ligadas a mercados locales e internacionales.

Lo que se enfatiza en este pasaje es el carácter ubérrimo de aquel suelo de la «vieja patria», que hacía desestimar todo cálculo contable mezquino y que alcanzaba para nutrir a todos, tanto a propios como a extraños. Es decir, podía cobijar no sólo a los antiguos criollos sino también a los «desheredados del mundo». Esta primitiva inmigración mencionada por Caballero e integrada, según él, armónicamente a la cultura y al modo de vida criollos, es contrastada y considerada superior a la inmigración masiva que llegaría después. En aquellos «tiempos idílicos» el extranjero establecido en las pampas, en la visión de Caballero, no constituía una amenaza para el país y era recibido generosamente.

En septiembre de 1916, cuatro días después de que Hipólito Yrigoyen fuera elegido presidente de la Nación por el Colegio Electoral, Caballero lo visitó en su estancia bonaerense de Micheo. Allí asistió a una escena patriarcal que le trajo reminiscencias de su propio pasado:

¹⁸ Milcíades PEÑA, *El paraíso terrateniente*, Buenos Aires, Ediciones Ficha, 1972, p. 59.

¹⁹ Ricardo CABALLERO, *Yrigoyen. Aspectos ignorados de una vida*, Rosario, edic. del autor, 1957, pp. 17-18.

«Aquellos bultos y canastas contenían encargos hechos por los peones al Dr. Yrigoyen. Él extraía las prendas esperadas. 'Aquí tiene las botas', le dijo a uno; 'éste es su sombrero y la blusa' a otro; a Bazán le entregó un pañuelo de seda para el cuello de brillantes colores y al hacerlo le dijo: '¡buen trabajo me ha dado encontrarlo!' [...] Yo asistí conmovido a la inesperada escena [...] Ella me transportaba a los lejanos tiempos de mi niñez. Me veía en el ancho patio de 'La Atalaya' o de 'Los Perros', estancias clavadas en el corazón de las pampas del Sud de Córdoba, rodeando con mis hermanos a mi padre, en escenas como la que tenía ante mi vista, bajo el regazo de su poncho pampa, mientras él repartía los encargos de los peones o de la familia.»²⁰

Para Caballero, estos gestos demuestran la solidaridad innata de los *auténticos* argentinos, evidencian rasgos de nobleza y generosidad inherentes a la raza criolla y son producto de la propia tierra:

«Destaco estas escenas con deliberada minuciosidad, porque pueden servir como documentos intergiversables, para comprobar que en las almas de los argentinos auténticos, habitantes de cualquier región de la inmensa tierra patria, florecían sentimientos de fraternal solidaridad, nacidos en ellos, por la nobleza de la sangre, a los que tampoco dejaba de agregar su influjo, la belleza y solemnidad de los campos de lo que fuera nuestra hermosa patria [...] ¿Quién no descubre las raíces profundas y comunes, ante las escenas recordadas, que unen al través del tiempo y la distancia, las almas de un oscuro poblador de las llanuras, como lo fue mi padre, y la del gran Presidente de la Nación y estanciero, como lo fue el doctor Hipólito Yrigoyen? Cualquiera sea la profundidad del abismo de la caída actual, afirmo que nuestra raza criolla, pudo figurar y figuró con derecho, entre los pueblos selectos e ilustres de la Historia.»²¹

Caballero habla de Hipólito Yrigoyen como de un criollo. Sin embargo, éste, a diferencia de otros presidentes anteriores, no pertenecía a una familia de linaje nativo, propietaria tradicional de tierras, como los Caballero, sino que era hijo natural de un herrero vasco de Buenos Aires. Fue a través de su tío Leandro N. Alem que ingresó a la carrera política, la cual le proveyó los medios materiales, tras un período como diputado provincial bonaerense entre 1879 y 1882, para comprar tierras.²²

En cuanto al *influjo* de la tierra, Caballero sostiene que ha sido la agricultura extensiva la que arrasara el paisaje natural del siglo XIX, con toda su belleza, su magnetismo y la interacción entablada entre éste y sus habitantes gauchos. Pero en los potreros de la estancia de Yrigoyen, que Caballero recorre con su

²⁰ Ibid., p. 21.

²¹ Ibid.

²² Estos datos biográficos han sido extraídos de David ROCK, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977, p. 65.

mayordomo Young, tanto el viejo sistema de pastoreo y engorde de ganado como el paisaje original se mantienen intactos. Young argumenta lo siguiente:

«La excelencia de los pastos de estos campos, permite preparar novilladas tipo frigorífico, con una mínima pérdida, sin la complicación de las aradas, de las peonadas que para ello se necesitan y de los implementos agrícolas requeridos. Y tengo una razón de otro orden íntimo y lírico que me atrevo a decírsela a Usted. Me repugna arrebatarse al campo natural, todo lo que tiene de útil y bello.

«Me adherí calurosamente a estas últimas palabras, diciéndole: 'Mi instinto pastoril me hace mirar con prevención a la agricultura de estos tiempos, transformada, tal vez por las necesidades modernas, de arte virgiliano en industria mecanizada. Para mí, la agricultura extensiva es un robo a la tierra, y un atentado a la belleza natural.»²³

En 1916, el «instinto pastoril» de Caballero, que lo llevaba a añorar la desaparecida fisonomía de la pampa y los métodos agrícolas más tradicionales, no podía sino implicar una pretensión anacrónica, puesto que la agricultura extensiva se hallaba consolidada en la región. Por otra parte, ya se había generalizado, desde fines del siglo XIX, un exitoso sistema de rotación de cultivos. Como señalan Antonio Brailovsky y Dina Foguelman,²⁴ los campos que habían sido usados para pastoreo eran sembrados de lino el primer año, de trigo el segundo y de alfalfa el tercero. A lo largo de este ciclo el suelo, inicialmente abonado por las deyecciones de los animales, pasaba a ser aprovechado para fines agrícolas y luego volvía a quedar apto para la ganadería. De esta manera, la tierra podía descansar y recuperarse, generándose de modo inducido un agrosistema sumamente productivo y estable, además de viabilizar un buen control de las plagas y malezas. Lógicamente, el rendimiento obtenido en cosechas era muy superior al cultivo en pequeña escala de la etapa criolla.

Caballero practicaría este conservacionismo natural durante toda su vida. En un artículo publicado en *Nativa*²⁵ cuenta cómo en cierta ocasión, en una fecha que no precisa, acudió a las autoridades nacionales con el fin de solicitar la protección de las poblaciones de vizcachas, una especie autóctona de la pampa amenazada por el avance de la agricultura. Para ello, Caballero habló con un «ministro de modales y costumbres a la europea»,²⁶ cuyo nombre tampoco es revelado. En su alocución citó las «hermosas páginas»²⁷ que le dedicaran a este animal viajeros ingleses como Haig, Head, Cunningham Graham

²³ Ibid., p. 24.

²⁴ Antonio Elio BRAILOVSKY y Dina FOGUELMAN, *Memoria verde. Historia ecológica de la Argentina*, Buenos Aires, Debolsillo, 2ª edic., 2005, pp. 166-167.

²⁵ Ricardo CABALLERO, «Las vizcachas», *Nativa*, diciembre de 1935, incluido en Ricardo CABALLERO, *Páginas literarias del último caudillo*, Rosario, s/editor, 1950. Compilación de Francisco J. Rojo y Andrés Ivern.

²⁶ Ibid., p. 59. Ricardo Caballero solía vestirse con atuendos gauchescos, lo que le valió severas críticas de sus adversarios políticos.

²⁷ Ibid., p. 60.

y Darwin, como asimismo el escritor angloargentino Guillermo Hudson, complementando la apelación a estas fuentes históricas con el relato de sus propios recuerdos infantiles y subrayando el hecho de que él mismo, en su estancia, destinaba un sector exclusivo para que las vizcachas pudieran vivir libremente y sin persecuciones, como lo hacían antaño.

El ministro accedió diplomáticamente a las demandas de Caballero, asegurándole una resolución que permitiría preservar las cuevas de estos animales -las «vizcacheras»- siempre y cuando estuvieran circundadas de alambre tejido. Dieciséis años después de publicado este artículo, Caballero cita, en *Hipólito Yrigoyen y la revolución de 1905*, el caso de su amigo Rómulo Caminos, uno de los radicales sublevados. Este hombre había poseído intocado el campo que perteneciera a sus mayores, ubicado a la derecha del camino -luego convertido en ruta- que conducía de Rosario a Santa Fe, entre las localidades de Oliveros y Maciel. El predio se destacaba en medio de la monotonía de los campos cultivados y no había sido arado jamás:

«Caminos representaba la indomable tradición argentina, que no se rindió nunca a las imposiciones de los llamados tiempos progresistas. El viejo solar de sus mayores le pertenecía [...] Sobre un campo reducido a doscientas cuerdas, Caminos hizo pie a la ola invasora que se estrelló sobre su lúcida pertinacia [...] El frente del campo que da al camino se reconocía al pasar por su aspecto pintoresco, destacado de la uniformidad de los campos vecinos. Nunca había sido arado. Al norte de la casa, una pequeña laguna daba todavía asilo hasta hace pocos años, no más de diez, a los últimos teros, a los últimos chajás. Sobre sus bordes algunas cuevas de vizcachas parecían vigiladas por las últimas lechuzas [...] Aquella casa, lírica supervivencia del pasado, me acogió muchas veces en mis peregrinaciones políticas. El propietario fue invariable amigo mío a pesar de nuestra diferencia de edad. Llegué a penetrar en su hosca reserva, porque yo era uno de los que aprobaba la resistencia opuesta por él a la avaricia agrícola que arrasaba con todos los encantos naturales de la tierra. 'Tengo pasar tranquilo, una vida modesta y activa -me decía- ¿por qué he de permitir entonces que desaparezcan de mi campo los encantos con que lo conocí desde niño y que habrán llevado en su retina mis antepasados al hundirse en la muerte?'»²⁸

Son temas constantes en el discurso de Caballero, ya desde su juventud, la nostalgia por la campaña del siglo XIX, el lamento por su radical transformación, vivenciada como un hecho profundamente traumático, y el contraste de aquella época cándida y bella, ya definitivamente perdida, con el presente inhumano y utilitario. En un discurso pronunciado en su Ballesteros natal en 1907, Caballero lo señalaba con palabras poéticas:

²⁸ Ricardo CABALLERO, *Hipólito Yrigoyen y revolución radical de 1905*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1975, pp. 74-75.

«¡Y lo que aún queda en pie del viejo panorama de esos campos, ya no tiene alma, ni poesía, ni misterio!

«Los montes han caído bajo el hacha salvaje de los leñadores, el pasto artificial extiende su manto verde sobre la tierra en que brotaban los blancos pajonales [...] y el arado, hiriendo la negra entraña de la tierra en un cultivo extenso y fértil que la agota y la desflora [...] va borrando de nuestros campos las lagunas que tanto las embellecían, con sus orillas rumorosas, reflejando en el cristal cambiante de sus aguas el orto de la luna en el lejano horizonte y ese cielo profundo, poblado de estrellas amigas, que aprendíamos a nombrar cuando niños, en noches apacibles y hermosas que se han ido para siempre.»²⁹

La destrucción del viejo campo argentino, criollo, va de la mano con la pérdida del ayer y de una época idílica. Lo prosaico, para Caballero, ha reemplazado de modo irrevocable a lo poético. Siguiendo con esta perspectiva conservacionista de análisis, consideramos pertinente establecer un paralelo con otro testimonio, bastante anterior en el tiempo, del abogado, escritor y político rosarino Estanislao Zeballos, quien arroja una mirada científica sobre esos mismos «blancos pajonales» y sobre las inundaciones en la provincia de Buenos Aires, ocasionadas por su desaparición:

«El tipo de nuestros campos hace cincuenta años no era igual al que presenta su fisonomía actualmente. Nos faltan ya, en efecto, en vastas zonas, precisamente en las que más sufren de la seca y de las inundaciones, los viejos 'pajonales', donde ayer moraban jaguares, pumas, avestruces, venados y caranchos y que han cedido su lugar a la dulce gramilla y al alevoso trébol, en que pacen los corderos y anidan las 'viudas'. Los pajonales, en que vulgarmente comprendemos desde la graciosa y sutil cola de zorro hasta la gallarda cortadera, cuyos penachos oscilantes sobre la pampa engañan frecuentemente a los viajeros, semejándose a jinetes que corren a su encuentro, han desaparecido y desaparecen generalmente, porque los campos refinados invaden el territorio en todas direcciones. La tierra ha perdido ya el abrigo que las altas y espaciosas pajas ofrecían a las aguas, favoreciéndolas contra el rayo solar, que las funde y empuja al espacio en forma de vapores. Ha perdido igualmente la esponjosidad propicia para una absorción abundante, que las gruesas matas y almácigos de troncos producían.»³⁰

Estanislao Zeballos, con varios años de anticipación a Caballero, había comprendido, valiéndose de sus conocimientos y herramientas científicos y de su propia observación del fenómeno, el efecto pernicioso de reemplazar sin más a la vegetación autóctona. Las excursiones del rosarino por las dos pampas, la que había sido recientemente conquistada a los araucanos y se

²⁹ Ricardo CABALLERO, *Discursos políticos...* cit., pp. 409-410.

³⁰ Estanislao ZEBALLOS, *Viaje al país de los araucanos*, Buenos Aires, Ediciones El Elefante Blanco, 2005, pp. 41-42.

mantenía en estado silvestre y aquella otra ya transformada por la agricultura, fueron realizadas con fines eminentemente prácticos.³¹ El propósito no fue otro que comprender con la mayor clarividencia las características ecológicas de la llanura para así lograr su explotación más adecuada. De esta manera, Zeballos dedujo racionalmente -o principió a deducir- lo que Caballero, años más tarde, intuiría y lamentaría. La solución pensada por Zeballos era la forestación, en tanto que Caballero no concibió otra alternativa que no fuera la reivindicación del viejo paisaje y del tradicional *modus vivendi* con él asociado. Pero el regreso a aquellos «tiempos idílicos» era imposible, y Caballero lo sabía amargamente.

Como señalan Brailovsky y Foguelman, la aparición misma de los primeros grupos humanos, ya en tiempos precolombinos, implicó importantes alteraciones ecológicas. La región pampeana estaba originalmente cubierta por altísimos pajonales y habitada por grandes animales herbívoros, como megaterios, toxodones y gliptodontes, cuyos primeros predadores fueron el hombre y el fuego. Los árboles escaseaban precisamente por los pajonales, que impedían su crecimiento, a excepción de las márgenes de arroyos, ríos y lagunas. En cuanto a los incendios, éstos eran frecuentes, debido a la sequedad de los pastos y las tormentas eléctricas. Más tarde, se convertirían en una práctica habitual entre gauchos e indios.³²

Lejos de las descripciones idílicas de Caballero, la pampa distaba mucho de ser un paraíso. La escasez de agua superficial, la abundancia de lagunas saladas, las tormentas y los incendios, las dificultades para practicar la agricultura, terminaron por alejar a los primeros grupos humanos de la llanura abierta y los restringieron a sus bordes, a las sierras, a las orillas de los grandes ríos y a la Patagonia.

La repoblación de la pampa comenzó a partir de la llegada de los primeros españoles y de la introducción de ganado europeo, rápidamente reproducido y convertido en cimarrón. La vaca y el caballo trajeron aparejados cambios profundos en el modo de vida de los indígenas, y también en el paisaje. Según la hipótesis de Brailovsky y Foguelman, en la pampa precolombina los pajonales cumplían totalmente con su ciclo de desarrollo, debido a la ausencia de herbívoros importantes. Así, alcanzaban su talla completa, superior a la del hombre. La presencia de millones de vacas y caballos, con sus deyecciones, llevaron a un enriquecimiento del suelo, con la consiguiente floración de una mayor variedad de plantas y a una renovación más rápida de los pajonales, que no alcanzaban a desarrollarse plenamente. Esta situación, combinada con los incendios, naturales o inducidos, llevó a una gradual preponderancia de los pastos blandos.³³

³¹ En 1879 Zeballos publicó el libro *Viaje al país de los araucanos*, producto de una excursión por los territorios recientemente conquistados a los indios en la Campaña del Desierto. En 1883, en tanto, publicó *La región del trigo*, en el que describe las colonias agrícolas de la provincia de Santa Fe.

³² Antonio Elio BRAILOVSKY y Dina FOGUELMAN, *Memoria verde...* cit., p. 49.

³³ *Ibid.*, p. 106.

Por otra parte, ya sobre fines del siglo XVIII, la demanda creciente de cueros para la exportación llevó a realizar cacerías indiscriminadas, que redujeron peligrosamente el número de vacunos. Esta circunstancia se vio agravada por una serie de sequías en 1773, 1777, 1779 y 1781. Se calcula que hacia 1700 había en la región 6.500.000 cabezas de ganado, que se redujeron a 4.800.000 hacia 1800. Serían necesarios otros cien años para recuperar los rodeos.³⁴

A principios del siglo XIX, la pampa ya estaba sufriendo una transformación radical y acelerada. Los pajonales habían comenzado a desaparecer, mucho antes de que nacieran Zeballos y Caballero. Además, algunas perturbaciones marcaban el desequilibrio ecológico provocado por la acción humana. La propagación generalizada del cardo, una maleza que no es oriunda de la región y fue introducida artificialmente, se constituyó en la primera señal del sobrepastoreo.³⁵ El ganado no se alimentaba aún de alfalfa sino de pastos blandos -el mismo sistema aplicado en la estancia de Yrigoyen y elogiado por Caballero- pero en realidad no se trataba de un método completamente natural, sino inducido, aunque fuera indirectamente.

Por otra parte, el desarrollo ulterior de la ganadería requirió de la introducción de nuevos animales pertenecientes a otras razas. El refinamiento de los campos, con la sustitución de pastos duros por blandos, y el cultivo de alfalfares, corrió paralelo al refinamiento de las razas bovinas, con el objeto de mejorar la calidad de la carne. Se comprende mejor, así, el carácter anacrónico de los reclamos de Caballero.

Sin embargo, también es cierto que, en algunas observaciones respecto a los efectos nocivos de la agricultura extensiva y mecanizada, Caballero acertó de modo muy incisivo. Dicen Brailovsky y Foguelman:

«Desde el punto de vista ecológico, la agricultura es una forma extrema de simplificación de un ecosistema, en tanto restringe su diversidad biológica a un mínimo de componentes: el cultivo, sus malezas y sus plagas, representadas éstas por muy pocas especies y por poblaciones muy homogéneas. En realidad, cuando se realiza la selección artificial para la obtención de cultivares, involuntariamente se están seleccionando también las malezas y las plagas que competirán, o predarán, con el cultivo mediante el desarrollo de un coincidente ciclo biológico. Sin embargo, aún cuando la agricultura representa un extremo de artificialización, es el manejo que asegura mayor productividad al proporcionar los máximos excedentes cosechables.»³⁶

El planteo conservacionista de Caballero descansa así sobre una dicotomía irresoluble, la de la naturaleza y el progreso enfrentados e incapaces de generar una síntesis superadora. Una convivencia armónica entre ambos resulta inviable y sólo podría ser pensada en términos precarios y transitorios. La

³⁴ Ibid.

³⁵ Ibid., pp. 108-109.

³⁶ Ibid., p. 165.

vida rural criolla del siglo XIX conllevaba, para Caballero, una interacción armónica con los ritmos naturales. Su reemplazo por la agricultura extensiva acabó definitivamente con esta situación y abrió las puertas a la destrucción ecológica.

Por otro lado, no podemos dejar de señalar que la inserción de la Argentina en el mercado mundial requirió del desarrollo a gran escala de su agricultura y su ganadería. Para ello, el modo de vida arcaico, precapitalista, de gauchos e indios, debió cesar, en tanto era un obstáculo para el establecimiento de relaciones de producción capitalistas y modernas. Los «pastores semi-nómadas a caballo» debieron ser suplantados por peones sedentarizados y los alambrados pasaron a marcar con claridad los límites entre las diferentes propiedades rurales. Pero estos cambios socioeconómicos se complementaron con otros de tipo ecológico, no menos importantes que aquellos. El ecosistema pampeano debió simplificarse, esto es, hubo que eliminar un gran número de especies animales y vegetales para que la agricultura, y también la ganadería, alcanzaran altos grados de productividad.

Esta situación fue percibida por Zeballos y Caballero, pero lo que no podía saber ninguno de ellos era que las transformaciones ecológicas habían comenzado siglos antes y que lo que ellos consideraban un paisaje natural era producto, en buena medida, de la acción humana. Dicen Brailovsky y Foguelman:

«Con este impulso los ecosistemas pampeanos sufrieron su mayor transformación. Los manejos aplicados, hasta aquí descriptos, revelan un aspecto poco reconocido del desarrollo de la región pampeana, y es que su suelo es obra humana, tan humana como una ciudad, una catedral o cualquier otro producto cultural. Este suelo, descripto tantas veces como 'un regalo del cielo o de la naturaleza', es, en una medida muy alta, el resultado de las sucesivas etapas de manejo agrícola que detallamos en esta obra. Sólo que estamos más acostumbrados a reconocer las obras humanas sobre la piedra y el ladrillo que sobre la vegetación natural o sobre los microorganismos del suelo.»³⁷

Por otra parte, cabe añadir que esta acción humana no siempre es perniciosa, en tanto y en cuanto suele estar orientada por el deseo -luego satisfecho- de brindar soluciones a carestías y dificultades naturales. Así, como ya dijimos, la pampa no era un edén. Las limitantes ecológicas eran severas: falta de agua superficial en la mayor parte del territorio, frecuencia de sequías, escasez de maderas y de pastos convenientes para el ganado. Sólo tras haber emprendido arduos trabajos y haber padecido incontables avatares -las colonias santafesinas representan un claro ejemplo de este proceso- fue que la pampa pudo ser al fin explotada y se convirtió en un espacio habitable para el hombre. Las condiciones favorables no estaban dadas de antemano, sino que debieron ser generadas artificialmente.

³⁷ Ibid., p. 168.

Pero el rechazo de Caballero a las diferentes manifestaciones del progreso es sistemático, y casi podríamos decir instintivo. Es lo que advertimos en este texto de 1934:

«¿Volverán las carretas? -preguntábamos a nuestros padres- recordando las delicadas golosinas de que eran portadoras. Cuando nos respondían negativamente, diciéndonos que el ferrocarril las había sustituido, una tristeza indefinible y oscura, caía sobre nuestras almas. Presentíamos que el ferrocarril había de ser un monstruo representativo de enormes potencias hostiles, ante las que sucumbiríamos todos. Conocí el ferrocarril cuando tenía diez años, y ese mismo día escuché de labios de un viejo criollo, don Fortunato González, esta frase que confirmó mi sospecha y se me clavó en el corazón: 'Eso será la ruina de todos', dijo, señalando un convoy de pasajeros. Profética era la frase. Ruina para los amigos que conocimos en sus modestas y grandes heredades; dispersión para las familias de abolengo criollo; eso trajo el riel al dominar la pampa. «¡Por él, el humo de extraños hogares se levanta en los campos nativos, y por él, los criollos, acostumbrados a una vida sin malicia, fueron víctimas de la especulación y del engaño, desparramándose a todos los vientos, latigueados por el sarcasmo que les llamaba gauchos, para terminar hundiéndose como proletarios en el engranaje de la servidumbre económica que no habían conocido! ¡Como herencia de proscritos fue repartida la tierra argentina!»³⁸

Estanislao Zeballos, en *La región del trigo*, considera, por el contrario, que el ferrocarril inauguró una nueva era de prosperidad y ventura. Significativamente, también él, como Caballero, animiza a los trenes, atribuyéndoles rasgos monstruosos, y erigiéndolos en símbolo de los tiempos venideros. Escribe Zeballos: «Brilló en aquella época de sucesos vergonzosos y de perspectivas sombrías la luz regeneradora de una nueva alborada, y la locomotora del primer ferrocarril nacional, al recorrer la Pampa con su estrépito orgánico de monstruo y su silbato de heraldo, despertó en el indio el miedo supersticioso de la barbarie, y la incertidumbre y el temor mismo de lo desconocido en las gentes ignorantes.»³⁹

En *La región del trigo* el progreso encarnado por el ferrocarril sólo infundió terror en las tribus indias o en las «gentes ignorantes», acicateadas en su irracionalidad por esta nueva e inquietante presencia, en tanto para la época en general, para aquellos años de «perspectivas sombrías», sólo pudo traer «la luz regeneradora de una nueva alborada». Para Caballero, en tanto, el ferrocarril sólo aportó infortunios a la población criolla y significó la clausura definitiva de una época feliz.

Consecuente con su línea de pensamiento, Caballero procuró refutar la tesis de que la etapa criolla había sido bárbara y atrasada, tal como era

³⁸ Ricardo CABALLERO, *Páginas literarias...* cit., pp. 99-100.

³⁹ Estanislao ZEBALLOS, *La región del trigo* (edición con la ortografía original), Madrid, Hyspamérica, 1984, p. 14.

opinión corriente entre muchos contemporáneos suyos. A diferencia de hombres como Estanislao Zeballos o Ricardo Rojas, que veían en la educación formal y pública un vehículo de progreso, Caballero consideraba que los criollos, en su momento, adquirirían otro tipo de educación éticamente superior y no convencional, que él aún sentía como algo propio:

«Los hombres de cierta categoría social de nuestras campañas, sin ser analfabetos, tenían el encanto de no poseer la mediana instrucción primaria, orgullo de nuestros tiempos standarizados, que sirve admirablemente a la deformación de las obras, al distribuirse oficialmente, sin pasión y sin fe. Lo que fueron nuestros campesinos en su medio: dominadores de la naturaleza hostil, infatigables trabajadores rurales, soldados de las más nobles causas, soñadores y poetas, les pertenecía como un don natural, o como el resultado de su propio esfuerzo. El hombre primitivo que aún existe en mí, me aproxima a ellos y al pasado, con la irresistible simpatía del común origen.»⁴⁰

Para Caballero, tampoco es cierto que la población rural de antaño estuviera excluida de los beneficios del conocimiento y de la literatura. Por eso es que se encarga de enumerar con detalle títulos de obras y nombres de autores que eran leídos en su niñez:

«Para completar el cuadro idílico de la vida, que alcancé a conocer, debo agregar que dentro de este marco de bienestar material, propicio a la cordialidad humana, la población de las campañas argentinas, mantenía inquietudes espirituales, absolutamente ignoradas por la generación presente, que la supone bárbara y sumergida en la ignorancia. Yo he oído leer a mis hermanas, en las noches inmensas de la pampa o a la luz de la tarde muriente, la 'María' de Jorge Isaacs [...] He visto siendo niño en 'La Atalaya', ejemplares de 'Graciela', de 'Atala y René', de 'El Genio del Cristianismo', de 'Las Memorias de Ultratumba', de las 'Memorias del General Paz', de las 'Memorias del General Lamadrid' [...] el Facundo de Sarmiento, en el que admirándolo mi padre y sus viejos amigos, actores algunos de la epopeya gaucha, señalaban las falsedades inauditas y perversas que contiene, los 'Recuerdos de Provincia' y 'Viajes' del mismo autor; 'Santos Vega' y 'Los mellizos de la Flor', de Hilario Ascasubi, y junto a estos libros [...] Gutiérrez González, Ignacio Altamirano, Abigail Lozano, Calcaño, Juan Cruz Varela. Yo pregunto ¿en qué casa de campo, de las de ahora, pueden encontrarse obras como éstas?»⁴¹

Como puede comprobarse, los títulos eran variados y habían sido escritos por autores argentinos y extranjeros. Las expresiones más populares del romanticismo del siglo XIX convivían con los libros de corte histórico y con la poesía gauchesca. En particular, el género autobiográfico, en donde la ficción

⁴⁰ Ibid., p. 38.

⁴¹ Ricardo CABALLERO, *Yrigoyen, aspectos...* cit., pp. 82-83.

se entremezcla, por momentos, con los hechos históricos, ocupaba un lugar importante entre las preferencias.

Aleccionado por su padre, y por los amigos de éste, «actores algunos de la epopeya gaucha», Caballero principió, ya en su niñez, a esbozar una reinterpretación de la historia oficial, opuesta a la forjada por autores como Sarmiento, Lamadrid y Paz y en consonancia con el federalismo de su familia, ese mismo federalismo representado por el bando derrotado en la batalla de Pavón en 1861.

Para reafirmar esta postura, Caballero sigue aportando pruebas que considera contundentes. Para demostrar la grandeza colonial, frecuentemente negada, cita los nombres de importantes estancias cordobesas como «La Atalaya, La Posta, Alto Alegre, La Florida, Las Totorillas, La Primavera, El Chato, [...] y tantas otras, cuyas ruinas señoriales, demuestran la falsedad de los que pintan nuestro pasado colonial como una época de ignorancia y de brutalidad.»⁴² Como vemos, la reivindicación del pasado criollo se remonta aún más atrás en el tiempo, al período colonial en el que hunde sus raíces.

Todo esto desemboca, como ya hemos tratado, en una nostalgia -absolutamente irreparable- de aquel mundo perdido que Caballero se empeña en recrear fervorosamente, apelando a ese detallismo al que ya hiciéramos mención y que es peculiar de la literatura criollista argentina. Gauchos matreros, duelos criollos, rodeos, arreos, noches de tormenta, boleadas de avestruces y baguales, malones y montoneras, son algunos de los elementos componentes de este universo poético, idealizado e inaccesible para quienes habitan en su contracara, el presente utilitario y sin alma:

«Cuando detengo mis pasos en el rincón nativo, me parece que no soy aquel que en las ingratas ciudades, se mezcla a sus ardientes luchas. Entonces me interesan tanto como los problemas más arduos, que he afrontado en mi vida, los pintorescos recuerdos de alguna carrera famosa, de los duelos a cuchillo, de las hazañas de los gauchos legendarios, de los 'apartes', de los rodeos bravíos, de los arreos monótonos y cautelosos bajo los cielos plomizos, rondados en las noches de tormenta, de los 'malones' de los indios, de las corridas de avestruces, de las boleadas de baguales, ligeros como el viento, de los combates sin cuartel de los montoneros.»⁴³

A todas estas cosas, que otros escritores criollistas también evocan y cantan, se añade el influjo de la tierra, esa fuerza modeladora de la geografía y del paisaje: el desierto sin límites, las cañadas, las lagunas, los bañados, las lomas que quiebran la monotonía de la llanura, el cielo, el viento, que Caballero equipara con la música misma, definiéndolo como el «arpa inmensa de los pajonales».⁴⁴

⁴² Ibid., p. 130.

⁴³ Ricardo CABALLERO, *Páginas literarias...* cit., p. 39.

⁴⁴ Ibid., pp. 39-40.

Pero esta nostalgia, preñada de amargo pesimismo, que hemos encontrado en los discursos de juventud de Caballero como así también en sus textos de la vejez, tuvo en un primer momento otro tenor. Como ya indicáramos, el surgimiento de la Unión Cívica Radical significó para Caballero -y a juzgar por su testimonio, para muchos otros argentinos «viejos»- la esperanza de una reparación material y moral, de un regreso a esas tradiciones criollas perdidas o amenazadas por el cosmopolitismo, a partir de 1880. Sin embargo, una vez finalizado su período como vicegobernador de Santa Fe en 1916, Caballero iría decepcionándose gradualmente del radicalismo en particular y de la política en general, para concentrarse en la escritura y en la difusión de aquel pasado criollo idealizado y perdido para siempre.